



LUCÍA DE VICENTE

*Promesas de
sal y limón*

EL CLUB DE LAS TULIPANES I



Trabajar con un arquitecto no será lo más difícil, lo peor será enfrentarse al hombre que amenaza con derribar los muros de sus prejuicios.

Ana Morales hace quince meses que está divorciada y aún no sabe qué hacer con su vida. Recibir en herencia, junto con sus tres mejores amigas de la infancia, la casa-palacio de Los Tulipanes hará que su monótono mundo se desestabilice.

El legado de su antigua profesora es un caramelo envenenado, pues las cláusulas que lo acompañan implican cambios radicales para las beneficiarias. Sin embargo, retomar relaciones casi olvidadas y convertir la casa-palacio en un hotel con encanto no serán las tareas más difíciles, lo complicado será llegar a un acuerdo con Mario Guerra. El reconocido arquitecto elegido por la difunta para llevar a cabo las obras de remodelación resulta ser el mismo hombre con el que un año antes compartió una tórrida noche en Roma.

Mario no ha olvidado a Ana ni que ella desapareció sin despedirse de aquella habitación de hotel. Encontrarla como una de las herederas de Los Tulipanes lo hará enfrentarse a sus propios diablos, sobre todo, porque Ana será la diseñadora y decoradora de interiores de ese proyecto y esto los obligará a trabajar juntos para lograr un objetivo común.

Solo el tiempo determinará si ambos están dispuestos a olvidar sus diferencias personales y retomar aquello que creen que no ha dejado ninguna huella en sus corazones.

Índice de contenido

Cubierta

Promesas de sal y limón

Decálogo de El Club de las Tulipanes

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Sobre la autora

Decálogo de El Club de las Tulipanes

1. *Carpe diem*. Aprovecha el momento.
2. Piensa libremente.
3. Aspira a encontrar tu propio camino.
4. Sé quien quieras ser.
5. La verdad está sobrevalorada.
6. Cambiar de punto de vista es de personas inteligentes.
7. No te conformes.
8. Nunca dejes de soñar.
9. La literatura es una necesidad del ser humano.
10. Aspira a cambiar el mundo.

Prólogo

Cádiz, junio de 2000.

Ana dio un beso a su madre, otro a su padre y salió corriendo para atravesar el enorme patio del Santa Brígida Irish School a fin de atender la llamada de sus tres amigas, que estaban haciéndose fotos con su querida profesora de Lengua y Literatura, la señora Quesada.

El cóctel que siguió a la ceremonia de graduación de las alumnas que ese año terminaban el colegio estaba a punto de finalizar. Hacía pocos días se habían sometido a la dura prueba de la selectividad y tanto ella como sus queridísimas compañeras de fatigas y aventuras obtuvieron magníficas calificaciones, tal y como se esperaba de ellas.

La dirección y el profesorado tenían a las cuatro por buenas chicas. Las consideraban de las mejores estudiantes de su promoción, pero ella no pudo evitar una sonrisita ladina al pensar en eso. Lo cierto era que entre todas disponían de una buena colección de travesuras y fechorías en su haber, aunque tenían la virtud de haber salido siempre indemnes de ellas.

«Cría fama y échate a dormir», pensó sin perder el paso, acercándose al grupo para posar para la instantánea.

—Chicas, ¡hoy es nuestro día! —gritó al tiempo que levantaba el birrete de pega que les facilitaron los organizadores del evento, al más puro estilo de *Yankilandia*—. Hoy,

por fin, podemos quemar Cádiz; no tenemos que regresar al colegio. ¡Y ya somos todas mayores de edad!

Solo una semana atrás habían celebrado el dieciocho cumpleaños de Gabriela, la más joven y la más inteligente de las cuatro, por mucho que esa cualidad no se viera reflejada en sus calificaciones escolares. Ni tampoco en la facilidad para hacer amistad con el resto de sus compañeras.

—También es nuestro último día juntas, Ana —lloriqueó Gabriela—. Hoy todas dormiremos en nuestras casas y a partir de mañana cada cual seguirá con su propia vida y no volveremos a vernos.

—Vamos, vamos, pequeña —la regañó con cariño la señora Quesada, abrazándola—. Hoy no pienses en eso. Como os he dicho siempre, tenéis que vivir el momento. Ya sabes, *carpe diem*. Mañana, Dios proveerá.

—Eso, Gabriela —corroboró Beatriz, la decana del grupo y a la que todas concedían el papel de protectora, aunque solo se llevaran unos pocos meses de diferencia—. Además, sí que vamos a volver a vernos; lo hemos prometido.

—Deberíamos sellar eso como Dios manda, ya sabéis... —propuso Patricia, la pragmática, con un gesto pícaro—, para que a ninguna se nos ocurra faltar el día que acordemos para la quedada.

—¿Qué es eso de sellar las promesas? —quiso saber la profesora, que miraba de una a otra, curiosa, intentando rellenar los huecos de su conversación.

—Bueno, cada vez que...

—¡Cállate, Gabriela! —interrumpió Beatriz a la menor, alarmada ante la disposición de esta a contar su más protegido secreto; el que todas guardaban con celo, aunque seguramente el miedo a ser descubiertas tenía más peso que la fidelidad a la palabra dada.

—Pero si ya no pueden castigarnos —se defendió esta.

—¿Y qué más da? —protestó ella, enfadada.

—Nada, doña Fina —salió al paso Patricia—. Se trata de una ceremonia infantil e inocua que celebramos cada vez que nos hacemos alguna promesa de futuro, no se preocupe.

La profesora las miró a todas, analizando las diferentes reacciones, y sonrió enigmática.

—Ay, niñas, ¿pensáis que he nacido ayer? —repuso moviendo la cabeza ligeramente de un lado al otro—. Por muchos años que lleve intentando instruir esas y muchas otras cabecitas de calabaza, nunca terminaré de acostumbrarme a que sigáis siendo tan inocentes aún el día de vuestra graduación. ¿Creéis que no estoy al tanto de vuestro juramento... *tequintero*? —lo denominó después de pensar un rato y a falta de otra palabra más adecuada que acudiera a su mente.

Las cuatro se miraron asombradas.

—¡Pero, doña Fina! —saltó Beatriz, anonadada al darse cuenta de lo que la señora Quesada acababa de confesar—. ¿Desde... cuándo lo sabe?

La mujer rio divertida.

—Pues, posiblemente desde el primer día. Os recuerdo que, por mi aula, han pasado montones de alumnas antes que vosotras y seguirán pasando después. Y todas, absolutamente todas, tenéis un punto en el que infringir las normas de la escuela se convierte en vuestro objetivo primordial. Incluso las que tenéis fama de formales y estudiosas.

—¿Cómo se dio cuenta? —cuestionó Ana—. Siempre hemos actuado con mucho cuidado.

—El primer día que Gabriela bajó al comedor y dejó sobre la mesa su desayuno entero, sin tocar ni una tostada, y el resto, con cara de lechuga vieja, os quejasteis de que algo os había sentado mal y que os dolía la cabeza, lo supe. Luego solo tuve que buscar las pruebas en vuestras habitaciones y, perdonad que os diga, sois muy poco originales intentando ocultarlas.

Las cuatro se miraron alarmadas.

—¿Y por qué no nos delató? —preguntó Patricia.

Ella siempre era la más inquisitiva, no en vano el curso siguiente se matricularía en la Facultad de Derecho e intentaría convertirse en la abogada más aguerrida y resolutiva de toda España.

—No hubiera servido de gran cosa —admitió—. Todos los profesores sabemos que estas cosas ocurren y es casi imposible evitarlo. Lo único que hacemos es intentar que no se nos vayan de las manos y empiecen a convertirse en un problema. Una pequeña cogerza no mata a nadie, siempre y cuando no se produzca demasiado pronto o se repita con asiduidad. Vosotras habéis sido cautas, la verdad. Un par de veces por curso y solo en los dos últimos.

—¿Hacen la vista gorda? —dijo Gabriela, asombrada.

—Solo a veces, ya os digo. En vuestro caso no era alarmante. Es condición del ser humano transgredir las normas y, si los superiores lo afrontamos con excesivo celo o rectitud, lo único que conseguimos es potenciar ese deseo natural de rebeldía.

—¡Gracias, doña Fina! —exclamó Beatriz, abrazándola, a punto de que se le saltaran las lágrimas por la emoción.

—Pero esta noche, ya que acabo de dejar de ser vuestra profesora —propuso doña Fina, quitando hierro al momento—, iré con vosotras y compartiré esos chupitos de tequila para celebrar la clausura de nuestro Club de las Tulipanes.

—¡Genial! —gritaron las cuatro a coro.

—Además, tenemos algo para usted —confesó Gabriela, incapaz de guardar una sorpresa.

—Gabriela... —la reconvino Patricia.

—Déjala, Paty —la defendió Beatriz—. Ya sabes que Gabriela es así. Anda, Ana, ve a buscar los regalos de la señora Quesada.

Ella también estaba deseando ver la cara que pondría la profesora cuando le entregaran todo lo que llevaban tiempo preparando, así que partió de inmediato con una inestable carrera sobre los tacones, ya que, acostumbrada a los

zapatos del uniforme, no tenía suficiente práctica para andar con ellos por un terreno tan desigual como el del patio del colegio, y se dirigió a la habitación que había compartido con Beatriz durante los últimos siete años.

El equipaje de ambas estaba allí, embalado y dispuesto para ser trasladado por última vez hasta sus respectivos domicilios. Los armarios parecían los nichos deshabitados de un cementerio, que esperan su próximo inquilino como si el anterior no hubiera dejado allí algo más que su esencia durante una larga temporada.

Sintió ganas de llorar, pero hizo un esfuerzo supremo y consiguió reprimir las lágrimas. No quería estropearse el ligero maquillaje que se aplicó para acudir a la ceremonia, ya que ese día estaba todo, o casi todo, permitido.

Evitó volver a mirar la habitación y recogió la bolsa de plástico que reposaba sobre su cama, o sobre la que lo fue hasta ese día, y salió zumbando de allí para no derrumbarse y caer en la pena que sentía que empezaba a ahogarla.

Del mismo modo que llegó, corrió para volver al punto en el que las demás la esperaban, solo que esa vez eligió la puerta principal, para atajar camino.

—¡Morales! —la reconvino sor Elisa, la portera—, ¡no corra! Aunque sea su último día en esta escuela, las normas se cumplen hasta el final.

Ella pegó un frenazo en seco, sonrió a la monja carcelera —como la apodaban entre ellas—, pidió disculpas con una taimada sonrisa y, en cuanto pisó el último escalón que daba acceso al recinto, volvió a correr como alma que se llevara el diablo.

—Aquí tenéis, chicas —dijo al entregar su preciada carga.

Todas dejaron que Beatriz hiciera los honores sin siquiera consultarlo entre ellas, como en un acuerdo tácito.

Esta sacó una caja cuadrada, verde, de tamaño aproximado de treinta por treinta centímetros y se la entregó a la profesora.

—Para que tenga un recuerdo nuestro.

La mujer la tomó agradecida y emocionada. Cuando levantó la tapa, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está firmada por las cuatro —aclaró Gabriela, ante el silencio acongojado de doña Fina.

—Es una placa de plata con el decálogo de nuestro club —especificó Patricia.

Se refería a la hermandad que surgió de forma inesperada después de que en la sesión de cine semanal del colegio emitieran *El Club de los Poetas Muertos*. Ellas quedaron tan impresionadas con la película, y se vieron tan reflejadas en los chicos de aquel internado, que quisieron hacer algo semejante. Y, como no podía ser de otro modo, la única docente capaz de emular las virtudes del señor Keating era su querida profesora de Lengua y Literatura, que además compartía asignatura con el personaje de Robin Williams.

A doña Fina le encantó la idea desde el primer minuto, pues en el fondo era otra inconformista, libre pensadora y un poquito reaccionaria, como John Keating, aunque en otro estilo. A la señora Quesada le gustaba la poesía como al que más, claro que sí, pero prefería la narrativa. Y de entre toda, la de los autores del romanticismo de los siglos XVIII y XIX; Jane Austen, Charlotte Brontë y su hermana Emily, Lord Byron, Mary Shelley, Alexandre Dumas, Gustavo Adolfo Bécquer...

Pero, además, algo que nunca reconoció delante de sus alumnas fue que era una defensora a ultranza de la romántica actual. Seguía la obra de Johanna Lindsey, Kathleen Woodiwiss, Marie Jo Putney, Nora Roberts, Diana Gabaldón, Virginia Henley y un larguísimo etcétera de autoras, de las que era voraz lectora.

Ellas no tardaron en averiguarlo. Les extrañaba tanto verla leyendo, en los recreos y antes de irse a la cama, aquellos libros de bolsillo de pastas forradas con papel de periódico, concentrada al máximo y componiendo caras y

gestos de admiración, que no pudieron evitar dar rienda suelta a su curiosidad.

Y, en uno de aquellos ataques de rebeldía suyos, en segundo de BUP, vieron la oportunidad de hacerse con el ejemplar que se había dejado olvidado encima de la mesa de clase, un día a última hora. Después de esperar escondidas a que todas las compañeras salieran del aula, entraron y se lo llevaron al cuarto de Beatriz y de ella.

Era de Johanna Lindsey, *Amable y Tirano* se llamaba. Y aunque su intención fue devolverlo de inmediato, en cuanto se pusieron a leer en voz alta y llegaron al capítulo en el que James Malory seducía, con todo lujo de detalles, a la inexperta y aguerrida Georgina, se les olvidaron las buenas intenciones, por mucho que durante días doña Fina se empeñó en poner patas arriba la clase para encontrarlo e incluso amenazó con castigarlas si no aparecía. Pero ellas no sucumbieron a las amenazas.

Aquel fascículo pasó una y otra vez de mano en mano, para ser leído y releído hasta casi aprendérselo de memoria. Y ese solo fue el primero de muchos. Después, se turnaban para averiguar el título de la novela que leía la profesora y, durante el fin de semana, compraban entre las cuatro un ejemplar idéntico con sus pagas semanales. Incluso un verano que ella fue de vacaciones con sus padres a Nueva York, se las agenció para conseguir algunos títulos que aún no habían sido traducidos al español y que regaló a sus amigas cuando regresaron a las aulas.

Por ese motivo aquel era su siguiente regalo.

—Tenga, señora Quesada —le ofreció en esa ocasión Patricia, tendiéndole un libro con las tapas de cuero rojo, letras doradas en el lomo y las páginas más ajadas de la historia de la encuadernación en su interior—. Esperamos que sepa perdonarnos la infracción. Nos declaramos culpables de hurto, pero esperamos que sirva de eximente alegar que esto incidió en nuestro amor por la literatura —dijo

en su léxico más jurídico, aprendido de la tele, como no podía ser de otro modo. Adoraba las películas de juicios.

La profesora cogió aquel ejemplar de *Amable y Tirano*. Su propio ejemplar, remozado gracias al buen hacer de los profesionales de una imprenta de El Puerto de Santa María.

—Mis queridas Tulipanes —sollozó la mujer—. ¡No sé cómo voy a poder pasar el próximo curso sin vuestras tras-tadas! —Ya no disimulaba su llanto emocionado—. Tenéis que dedicármelo todas, por favor.

Doña Fina siempre se dirigía a ellas como «Tulipanes» y por eso pusieron ese título al club que crearon y que ese día tocaba a su fin. No sabían el porqué de aquel apelativo, pero tampoco les importaba. En realidad, ya estaban acostumbradas después de seis años.

—Ni nosotras sin usted, señora Quesada —protestó quejicosa Gabriela—. ¿Quién nos va a dirigir a partir de ahora? ¿Quién nos regañará cuando hagamos algo mal?

Ella, Patricia y Beatriz no ratificaron aquellas dudas con palabras, pero lo hicieron con gestos de aquiescencia y un silencio sepulcral.

—Tranquilas, niñas. Yo siempre ¡siempre! estaré a vuestro lado y a disposición de toda aquella que quiera recurrir a mí. Tenéis mi teléfono y jamás estaré ocupada para vosotras. Esto es una promesa. Por otra parte, ya sois adultas. Tenéis que aprender a volar solas, a vivir vuestra vida y a asumir vuestros propios errores y aciertos. No os conforméis con la mediocridad, buscad la excelencia, y esa búsqueda debe ser individual y emocionante porque cada una tiene que elegir su propio camino.

Todas escucharon aquel último consejo, que venía a ser el resumen de sus enseñanzas, y afirmaron llorosas con la cabeza.

—No obstante —siguió diciendo la mujer—, esto no es una despedida, es un «hasta pronto» porque, en cuanto salgamos de aquí, vamos a sellar con tequila que intentaremos vernos una vez al año, como mínimo. Y que esa cos-

tumbre se prolongará en el tiempo, incluso cuando yo ya no pueda acudir a la cita. ¿Hecho?

—¡Hecho! —gritaron ellas a coro.

Las cinco se fundieron en un abrazo colectivo de hipos, mocos y rímel corrido.

Capítulo 1

No mires hacia abajo, Georgie, ni tampoco hacia arriba. Mira solo su poblada y anodina barba. ¿Cómo puede perturbarte una barba, si es algo de lo más corriente?

Amable y tirano, Johanna Lindsey

Roma, mayo de 2017.

Ana Morales se asomó de nuevo a la calle para ver si veía venir el taxi que llevaba ya dos horas esperando. Tenía la sensación de que los minutos no avanzaban. Nerviosa, entró de nuevo en la recepción del hotel y se sentó en el mismo sillón que llevaba un buen rato calentando, aunque sus paseos a la puerta eran cada vez menos espaciados.

Dispuesta a pasar el rato como mejor pudiera, retomó su iPad de encima de la mesa y empezó a leer en el punto en que acababa de dejarlo, aunque ni siquiera la lectura de la novela que tenía entre manos —la tercera entrega de una serie de romántica histórica que la tenía entusiasmada, sobre un pueblo imaginario llamado Minstrel Valley— conseguía sumirla en su habitual estado de abstracción.

Por mucho que intentara llenar su tiempo manteniéndose ocupada para que la espera le fuera más llevadera, cada vez se sentía más inquieta. Ese era el motivo por el que bajó al *hall* del hotel; ya no aguantaba más en la habitación. Registrarse y tomar posesión de la *suite* de lujo, que les iba